



MAXIMIDAD

Se han reanudado las sesiones de Cortes. ¿Diremos que sigue la farsa? No, hay que ser justos; no diremos eso. En el Parlamento se dice todo, todo lo que puede decirse, todo lo que se sabe, pero es como si no se dijese. Nunca se ha hablado más claro. ¿Y qué? El gobierno contesta, pero no responde. Maura se sonríe con una sonrisa que es, según Melquiades Alvarez, muchas veces la máscara que encubre la impotencia del entendimiento, y aquél contesta que procurará reprimir su sonrisa, que no tiene otro valor que el de que en aquel momento acude a sus labios una contestación a lo que se le arguye. Contestación — no respuesta — que se le otorga el sonriente presidente de la Real Academia Española de la Lengua Castellana. Que esto, y sólo esto es, siendo ello bien poco.

El presidente del Consejo de ministros, la «máxima autoridad política» — ¡pobre país!, — no gobierna. Ni deja gobernar. Pero le queda tiempo para redactar papeletas, sobre términos de derecho, con destino a la próxima edición del Diccionario oficial. Y alguna vez trueca esas papeletas académicas con las notas políticas. Vivimos, pues, bajo un gobierno académico, en el peor sentido de la palabra. La política que priva es una política culterana, lo que no quiere decir culta; conceptista, lo que no quiere decir conceptual. Todo se contesta con tópicos. Es el fondo del declive de que habló el mismo Maura. Y no están los tiempos para hacer Diccionarios.

Se ha publicado que cuando Maura le entregó a don Alfonso la nota que provocó la última ficción de crisis, éste le dijo a aquél: — Yo pocas veces entiendo lo que usted escribe, pero esta vez está claro y veo que no es verdad lo que aquí se dice.» ¡No es verdad!

Está es la muestra: «No es verdad.» Y el régimen bajo que se arrastra España es un régimen de mendicidad, de embuste. El conceptismo verbal — «camelismo» más bien — no es otra cosa que mendacidad. ¡Mendaces, mendaces, mendaces todos, mendaces!

Y, sin embargo, nunca ha resplandecido más clara la verdad. Y es porque, de todas las artes, el arte más difícil es la de encubrir y falsear la verdad. Bien dice el refrán: «Antes se coge al mentiroso que al cojo». Y conste que no es alusión al conde de Romanones.

Indalecio Prieto, en una de sus «Impresiones parlamentarias», publicada en «El Socialista» de ayer, día 3, acaba escribiendo:

«Melquiades Alvarez tiene fama de hombre veraz. Maura es, para sus idólatras, la imagen de la sinceridad.

Ayer el señor Alvarez transmitió al Parlamento el relato de la crisis que a él le hicieron en Palacio, y el señor Maura lo negó.

¿Engañaron allí al señor Alvarez? ¿Engañaron al señor Maura? ¿Les engañaron a los dos?

Si a nosotros, bajo pena de la horca, nos pidieran una respuesta afirmativa a cualquiera de las tres preguntas, ya que lógicamente entre las tres queda encuadrada la verdad, elegiríamos la última.

Entre engañar a uno solo o engañar a dos, resulta más entretenido lo segundo.

Así, al menos, hubiera discurrido Fernando VII.»

¡Fernando VII sin pico, claro!

Un ciudadano inglés que fué gobernador general de la Alta Nigeria nos mandó un libro que sobre este país había escrito. Admira mucho la inteligencia de aquellos indígenas africanos, y funda su admiración en el grado de perfección a que allí ha llegado el arte de la mentira, para el que se necesita, entre otras cosas, finísimos dotes de observador y una memoria prodigiosa. El embustero que se engaña está perdido. Nada hay peor que decir la verdad cuando se cree faltar a ella.

La máxima autoridad política, ¿eh? Para obtener la máxima autoridad no basta abstenerse del embuste, sino que hay que denunciar los embustes ajenos, sean de quien fueren.

De «maies», tema del comparativo «maior, maius», se formó en latín el sustantivo abstracto—¡y tan abstracto!— «maiestas», majestad, que es la cualidad de ser mayor, la «mayoridad», como si dijéramos. Y de «máximum», lo mayor de todo, el superlativo, formó Lucrecio «maximitas», la maximidad, la cualidad de ser el mayor de todos. Y la maximidad debe superar y dominar a la majestad, lo superlativo a lo comparativo.

Pero aquí... Aquí sólo vemos lo superlativamente hueco.

¿No habría medio de meter en el Diccionario la maximidad y de definirla? Así se convertiría en una palabra más.

Miguel de UNAMUNO.